

Grandeza y baja
de Fray Bartolomé de las Casas "o casaus",
lo judío marrano del mexicano

MANUEL ACÉVEZ PULIDO*

In Memoriam

EMILIANO ACEVES MERCENARIO (1970-2004)

No se piense más en los republicanos españoles –unos 30 mil– como los primeros y únicos strasterrados a México y a América masivamente: les precede un número indeterminado –mucho mayor quizá– de judíos conversos, perseguidos y marcados con el estigma de marranos: remoquete tan denigrante como el de cristianos nuevos.

De cierto se sabe que empezaron a llegar desde el segundo viaje de Cristóbal Colón –sospecho asimismo de origen hebreo– a estas Indias que, corrigiendo, se llamarían Occidentales, al descubrirse que no eran playas e ínsulas del Cipango, como entonces se nombraba a Japón.

Nefariamente motejados de cuches por sus hermanos ortodoxos debido a la ingestión de frituras y lonjas de tocino; esto es, de los famosos torreznos y torreznadas: se tomaba esto a incalificable apostasía de la religión de sus mayores, más grave aún que su conversión, en la piedra bautismal, como católicos.

Si más bien costumbre milenaria que pecado contra Yavé, con todo, el comer carne de porcino no tenía vuelta ni redención, máxime si se degustaba en un cementerio: por ejemplo, ni el más renegado, ateo y antijudío de todos los tiempos, Karl Marx – que escribió el peor libro contra sus paisanos–, fue capaz de cometer ese “sacrilegio satánico”: que se conozca, en el siglo xx, sólo un trotskista se atrevió a tanto, Isaac Deutscher.r.

Empero, en blanco también se habían convertido de las befas para la plebe cristera, gloriándose de henchir la tripa con morcilla rancia; y a coro con los hijodalgos de la manteca, todos a uno, festinaban proceder de cuna nobilísima; y tan vejes-

torios en su religión, desde el arribo a “España” –no a la Hispaniae romana– del I hermano gemelo de Jesucristo, el Apóstol Santiago: para mayor prueba, allí están sus huesos, reposando en la tumba donde yacen, en la catedral de Compostela: si no, ¿por qué miles y miles de creyentes peregrinos la visitan desde hace tantos siglos?

La verdad es que, como no podían robarse del cielo el cuerpo resucitado de Jesús, los castellanos de la Reconquista inventaron la leyenda de un carnal suyo, para oponerlo al propio Mahoma: Sanct Yago o Jacobo; o sea, el cide Santiago, su santo y patrono de la guerra, que más moros tajaba de un mandoble, jinete en blanco corcel, que el campeador Díaz de Vivar.

Y pues de aquel repulsivo manjar –tabú aun para la tercera generación de conversos–, muchos se disculpaban, como el sabio escriturario Benito Arias Montano: “Viera vuestra señoría, el I jamón me sienta mal”.

Ojalá no hubiera pasado la tocinería, de infamia a condena peor que el destierro, a maldición de descastados, bellacos y depravados, para tanta cantidad de inocentes.

De hecho, la prueba del tocino se volvió la mejor manera de detectar conversos, y de denunciarlos durante dos siglos, de oro y de orín, dividida la sociedad española en tocínofóbilos, con este lema: Merced de Dios, que así se llaman huevos y torreznos con miel; para los tocínofóbicos, tal platillo del común yantar fueron: Duelos y quebrantos.

Incluso, la gran literatura se prestó de cotarro para dirimir esta guerra gastronómica, chirriantes las sartenes de vitriolo ardiente; desde el fogón, unos a otros se lanzaban fritadas de ponzoña ahumada o embutida: por ejemplo, Luis de Góngora sufrió tal afrenta, deshonra y escarnio por parte de Francisco de Quevedo, con la amenaza de “untarle sus versos con tocino”, que enmudeció, tornándose hermética y oscura su poesía de aquella sazón y para siempre.

En desquite, “¡duelos y quebrantos los sábados!” –como se sabe– era el acostumbrado y magro menú de don Quijote de La Mancha: ¿insinúa con esto Cervantes que la figura de la hispanería por antonomasia corresponde a la de un marrano afecto al tocino, con título de dudosa hidalguía y cristiano no muy viejo, el tal “Quijada, Quesana o Quejana”?”?

¿Por qué todos han tomado a burlas esto último, que es a veras, como La realidad histórica de España, de Américo Castro?

Gracias a la refundición de la historiografía –comparable a una radical transvaloración de la cultura, al estilo de Friedrich Nietzsche–, que solitariamente emprendió Castro –sabio supervi-

viente de la a diáspora republicana, rescatado por la Universidad de California–, nunca más se podrá empañar, violar o escamotear esta verdad señera: eximios creadores de arte y alta cultura fueron hijos de marranos, tanto en la vieja como en la Nueva España: allá, por ejemplo, Fernando de Rojas, Teresa de Jesús, Luis de León, Mateo Alemán y Miguel de Cervantes; aquí, entre los primeros, Bernardino de Sahagún (1499-1590) y Diego Durán (1537-1588).

En peligro de extinguirse y desaparecer para siempre, consumada la Conquista, fueron estos dos frailes los salvadores de las grandes manifestaciones de la civilización de los nahoas; filólogos y gramáticos, rescataron también las lenguas indígenas, dotándolas del alfabeto latino para su grafía y de sus reglas, junto con otros evangelizadores.

A la distancia de 500 años, ya se puede contemplar, con orgullo, al dúo de sabios de prosapia judaica y en hábito humilde de cristianos recientes, como: Padres primeros de la nacionalidad; e iniciadores de la vocación mexicanista, ya entre los primeros descendientes de los conquistadores, los llamándose ya indianos: Baltasar Dorantes de Carranza, Juan Suárez de Peralta y Gonzalo Gómez de Cervantes, los novohispanos Juan José de Eguiara y Eguren, Carlos de Sigüenza y Góngora, Francisco Xavier Clavijero y los italianos Giovanni F. Gamelli y Lorenzo Boturini Benaducci; y continuada en el siglo XIX por el inglés Lord Kingsborough y Alexander von Humboldt, precursores de la moderna escuela alemana, integrada por eruditos y nahuatlato tan eminentes como Eduard Seler, Theodor-Wilhelm Danzel y Walter Lehmann; el francés Jacques Soustelle, los estadounidenses George Valiant, Charles E. Dibble y Arthur J.O. Anderson, los mexicanos Manuel Orozco y Berra, Alfredo Chavero, Francisco del Paso y Troncoso, Manuel Gamio, Samuel Ramos, Alfonso Caso, Justino Fernández, Paul Westheim, Ignacio Bernal, Alfredo López Austin, Gutierre Tibón y sobresalientemente, Ángel María Garibay Kintana y Miguel León-Portilla; lista a la que debe añadirse el suizo Carl Gustav Jung, quien tenía por Handbuch la traducción al germano de la Historia general de las cosas de Nueva España, de Sahagún, y de la que espigó, por cierto, algunas de las pruebas confirmatorias del carácter universal de los arquetipos del inconsciente colectivo, cuales son el simbolismo del Calendario Azteca, el de la Cruz de Palenque, el rito azteca del teocualo, idéntico a la eucaristía cristiana, etc.; y por último, el malogrado judeo-alemán Erich Neumann, enciclopédico conocedor de las mitologías y religiones mesoamericanas e inicial junguiano que estudió exhausti-

vamente a la Madre Terrible y Devoradora de los mexicas, la diosa Coatlicue, causante de la caída de Quetzalcóatl, si bien asistida por Tezcatlipoca, al que erróneamente se tiene por el único agente provocador, si bien de su borrachera con pulque, mas no de sus amoríos incestuosos con su hermana mayor, la sacerdotisa Petate de Plumas (Quetzalpétlatl), y en otro mito, con la diosa Quetzalpétlatl (Flor Preciosa).

Adelantados no solamente en la composición de anales y crónicas, pocos saben que Sahagún y Durán son asimismo precursores de la moderna ciencia de las religiones, de la antropología y la etnografía; y avezados en la investigación de campo y en la aplicación de su propio invento: el método comparativo, adoptado al paso del tiempo por más ciencias humanas, como la historiografía, la sociología, la psicología, etcétera.

En todo caso, ellos siguieron el axioma que preside la comprensión sobre bases científicas de lo religioso, de su historia y fenomenología, hasta 1847 formulado por Max Müller:

Quien conoce una religión, no conoce ninguna.

A nuestros númenes –que no son propiamente orientales ni occidentales–, Durán y Sahagún les hallaron parecido con algunos rasgos de los dioses del paganismo greco-latino; y aun entre el santoral cristiano, con gran intuición; pero con más afecto y aprecio, los relacionaron con la religión de sus antepasados hebreos. .

Relación muy otra y precavida debiera intentarse con un vástago también de conversos, de tanto o con mayor peso en la génesis de la mexicanidad: Bartolomé de las Casas (1474-1566), falsamente “Casas”, título nobiliario de los señores de Canarias, perteneciente a un caballero que, en 1224, acompañó a San Fernando en la primera gran guerra contra los moros y que el obispo de Chiapas se adjudicó para ocultar su ascendencia israelita; pero no es término sinónimo, ni equivale a “Casas” –aunque pudiera sonar parecidamente–, sino que, incluso, no es castellano: proviene del tronco de la nobleza más antigua de Francia.a

Con avilantez, pravedad e industria de pícaro se apropió de este linajudo apellido –hecho sin precedente en mil años o más de la judería española–, y sin desembolsar un maravedí a los funcionarios corruptos por el juicio de su “probanza y ejecutoria”: por un rango muchísimo más modesto debió desembolsar una cuantiosa fortuna el rico don Alonso de Cepeda, padre de la marrana levitadora, santa y mística doctora de la Iglesia, Teresa de Jesús.s.

Y del mismo modo, “su señoría ilustrísima y reverendísima” –como le llama Bernal Díaz del Castillo, le besa la mano y se pone de hinojos ante el antecesor de Guzmán– se vanagloriaba y envanecía públicamente de “estudios en Salamanca”, cuando ni siquiera traspasó las puertas de la ciudad.

Consecuentemente, será ésta una semblanza no autorizada, quizá la primera en escribirse del antihéroe de más de una cara, a manera de un conjuro de sombras y no para cualquier lector, a menos que se esté dispuesto a experimentar la insufrible sensación de vacío que provoca el ocaso de un ídolo intocable y semi-divino; y siendo así, se procederá a:

1. Invocar su fantasma, tal y como es, prescindiendo del gastado sahumero de barro y de los nubarrones de copal con los que lo exalta el indigenismo barato, racista y trasnochado; y ventilándolo asimismo de las humaredas recientes de incienso, espesas y especiosas, del neoindigenismo de pachuli, exhalado por la cachimba de un neomarrano mestizo y encapuchado, el subcomediante san Marcos, mesiánico descristianizador y desmexicanizador de los indios, un psicocida que pretende “autogobernarlos” y, en menos de un quinquenio, sustituir su pensamiento mágico-



Lilia Luján

religioso milenarismo por el racionalismo dialéctico-materialista, como ha hecho ya con su estado mayor de aborígenes fanatizados, cuyo chulel es el propio enmascarado y el culto de su personalidad.

2. Retomar la crítica de este “indigenismo falsificado”, esbozada originalmente por José Vasconcelos, pero ahora asistidos de las modernas ciencias humanas en su conjunto; y con apego a sistema y método, confirmar su profético “dislate reaccionario”, el de que “la demagogia es el origen” de esta antropología y etnología degeneradas, también “bandera ideológica de los vencidos (sic)”, atizada pasión rastrera de un pueblo rencoroso, leit motiv de su cultura enfermiza, despersonalizadora y desnacionalizadora, el resentimiento patrio: “rencor puro” (Juan Rulfo) elevado a contenido valioso de su arte, poesía y filosofía: gangrena que exige sea extirpada con el bisturí de la crítica moral de Friedrich Nietzsche y con el análisis psicohistórico de C.G. Jung; y asimismo rescatando del oprobio a la madre, conquistadora y creadora del México moderno y fundadora de la nacionalidad, doña Marina, La Malinche (o sea “la Chingada en Persona”: Octavio Paz; “hijos de la ramera del conquistador”: Carlos Fuentes; “la Gran Prostituta Pagana”: Roger Bartra, etc.), pasando revista a los “filósofos de lo mexicano contra lo mexicano” y concluyendo que el mestizaje nuestro comprende no sólo al del español con el indígena, sino también la herencia recibida de moros y judíos, pues los conquistadores llegaron aquí ya mezclados con su sangre, después de convivir con ellos por más de 800 años, amén de la influencia de la población negra de esclavos, cuyo número llegó a sobrepasar al de criollos y peninsulares durante el virreinato.

3. Y no eludir, como anteriormente, con ocultamientos de avestruz e hipocresía rastacuera, el lado sombrío, de marrano, del padre Las Casas, el de tráfuga, manipulador y arribista, en él comparable sólo con el genio político de Joseph Fouché, el único mortal a quien temía el emperador del mundo, Napoleón Bonaparte, su ministro de policía, antiguo republicano y regicida y, durante la Restauración, el ennoblecido, poderoso y rico Duque de Otranto.

4. Y porque en su actuación malabarista y riesgosa por la cuerda floja y en sus giros atrevidos de trapecio, al fin ya es posible adivinarle al gran humanista y auténtico protector y procurador de los indios, de que audacia es el juego del aventurero; y que en transas, jugarretas y mañas, a su lado, hasta Hernán Cortés le queda “chequeto”.

Sin embargo, antes de proseguir, conviene acotar que, si bien su apuesta era por la inmortalidad, ésta no es la de redentor de indios, sino de proporciones imperiales: conquistar a Fernando el Católico y a Carlos V; y con la misma complicidad de Dios, también a Felipe II; y así imperar más que ellos sobre las Indias, poniendo un particular interés en Nueva España y estimándola a la medida de su genio y figura, como padre eterno de lo mexicano.

Y tal cual lo calculó, así ha sucedido con los más de cien millones de sus nietos actuales, que ejemplarmente abominan de sus raíces castellanas, así como él descolló entre todos los descendientes de conversos, cual feroz renegado, no solamente de su cepa judía sino, de hecho, como español y ajeno a cualquier otra influencia, el espécimen primerizo de lo mexicano, o sea, no-siendo-esto-ni-aquello, como todos hasta ahora nos sentimos, “padrecito, no te espantes, pues todavía estamos nepantla” (Durán).

Un pregonar de cristiano viejo y bien limpio de la sangre y del alma, es el hábito de este fraile inmoral, oportunista y consumado trepador borrascoso de elevadas cumbres, en sentido real y figurado: escaló hasta sentir vértigo en los picos de la Historia, como también llegar hasta la vera del espantable cráter del alto Masagua: visión a la temperatura del infierno y a un tris de caer fascinado en aquel manantial de roca fundida, salpicadas las enaguas talares por su gorgoreo incandescente: así lo cuenta en su debut de vulcanólogo del Nuevo Mundo, con alas en los calcañales para empinar por las pirámides también y confesar que no tiene la pluma con qué describirnos la grandeza de Tenochtitlán:

Ver la ciudad de México de encima de los templos, y mayormente del principal, era una cosa, más que encarecer se puede, alegre y admirable.

Fue, ni más ni menos, quien en su oportunidad inventó el indigenismo, en tanto instrumento para medrar, imponerse y sembrar pánico entre los españoles; medio también para la consecución de sus fines ambiciosos y narcisistas; arma pavorosa del cuche rencoroso, utilizada vengativamente contra los enemigos sempiternos de su casta, aunque de refilón mucho favoreció a los indios de todo el continente.

Insuperable chef d'ouvre del ressentiment –la Visión de los vencidos, de León-Portilla, vendría en seguida–, su Brevisima relación de la destrucción de las Indias representa la perversidad a que puede remontarse el revanchismo marrano contra los verdugos de su gente, con tanto derecho a la patria como los árabes y los castellanos, tierra de la que se ufanaba el rabí Arragel de

Guadalfajara y la llama: “corona e diadema de la hebrea transigración”.

Manifiesto sanguinolento, leído al rey y su pleno de consejeros, creó para siempre la “infame fama” de España y su “negra leyenda” por la salvaje conquista y brutal colonización de América; y que, desde luego, movió el ánimo de la corte en la protección y conservación de los naturales mediante el decreto de las leyes correspondientes y aun hizo que se suspendiera por algún tiempo el régimen de encomienda; pero, en sí mismo, es un panfleto demagógico e inflado.

Ni la estadística ni los censos de población existían en aquel siglo; pero sí un solitario encuestador, que bohío por bohío, en las aldeas e islas de la tierra firme, efectuó el conteo de, aproximadamente, “20 millones de indios, victimados hasta el año de 1542” (y derruidos igual cantidad de templos, “20 millones”, refiere en otra parte, como si ya existieran los explosivos para demolerlos).

Inconscientemente motivado por esa vindicta intercastiza –común a todos los neocristianos–, el efecto desacreditador de la a Destrucción... ha sido tan avasallante, que impide todavía hoy se reconozca –y aun se niegue y maldiga– la misión histórica y civilizadora de España en el Nuevo Mundo; efecto comparable únicamente a las nefastas y perturbadoras consecuencias de la invocación de Satanás por la tuerta Celestina: pagana herejía, tan perniciosa y comprometedora cada vez que se lee, que ha percutido el alma del pueblo llamado “teólogo” por un Papa.a.

Bajo cuerda introducida en su literatura, los necios españoles creen suya la tragicomedia de Calixto y Melibea; y con presunción, de ella alardean por el mundo; pero es pura venganza, escarnio, mofa de otro marrano advenedizo, el dolido, estupefaciente y extremado bachiller, don Fernando de Rojas.

Con precaución y crucifijo en mano –pues el Diablo puede acudir al llamado–, pronuncie el lector esta profanación siniestra a la fe cristiana:a:

Conjúrote, triste Plutón, señor de la profundidad infernal, emperador de la corte dañada, capitán soberbio de los condenados ángeles, señor de los sulfúreos fuegos que los hirvientes étnicos montes manan, gobernador y veedor de los tormentos y atormentadores de las pecadoras ánimas; regidor de las tres furias, Tesífone, Megera y Aleto; administrador de todas las cosas negras del reino de Estigia y Dite, con todas sus lagunas y sombras infernales y litigioso caos; mantenedor de las volantes arpías, con toda la otra compañía de espantables y pavorosas hidras; yo te conjuro...

¡Aquí, excelso arte; allá, los indios: mero pretexto, puro recurso, medio solamente!

Y es que el marrano –según lo define Castro–, “situado al margen de la sociedad (por haber sido puesto fuera de ella antes de nacer) se sentía ajeno y retraído de la misma [...] personaje todo bullebulle, afanado por destacar, ocupado en criticar y subvertir el sistema vigente de estimaciones”.

Y esto es justamente lo que hace fray Bartolomé en las Indias, ya que en su país no había oportunidades de resaltar para los de su estirpe, aparte de la mucha competencia entre ellos, que hasta se denunciaban ante el Santo Oficio de judaizar.

Y su ánimo y su mente –añade Castro– se tensaron hasta un punto que hoy nos asombra, con miras a sobresalir social, religiosa o intelectualmente, junto a los reyes y los grandes.

Y dando sus primeros pasos, a los lechones atisba Andrés Bernárdez, su mejor cronista, aunque rebosándole de inquina tintero y pluma; y de pancistas los denuncia, de soberbios los acusa y de individualistas los reprende el muy perro, suspicaz de venir asimismo de porcina matriz:

...e ovo su impinación [encumbramiento] e lozanía [orgullo] de muy gran riqueza y vanagloria de muchos sabios e doctos, e obispos, e canónigos, e frailes, e abades, e sabios, e contadores, e secretarios, e factores [administradores] de reyes e de grandes señores.

“E todos sin esentar, picarones e camaleones”, se podría añadir al enlistado de Bernárdez: ¿de qué otra forma se explica que el clérigo Las Casas, de explotador y encomendero de indios, sin más ni más se pase al lado contrario, a redentor de ellos y a encomendero de los encomenderos?

Holgazán como su padre y hermanos –que también vinieron a “facier las Indias”, pero en seguida retornaron a Sevilla–, pese a su poderosa constitución de toro y de infatigable viandante y alpinista, se excusa de “mal capataz” y “peor administrador” de sus dos repartimientos de indios, renuncia a estos y acto seguido padece su famosa crisis de arrepentimiento “por vivir en el error”, pronuncia su famoso sermón y ante Dios y ante los hombres, jura dedicarse en lo sucesivo al amparo y socorro de los naturales.s.

Pero –quién lo sospecharía–, fue el calorón y el gran esfuerzo que exige labrar la tierra y espolear esclavos, la causa verdadera de su conversión; máxime que, averiguando por el

archipiélago y escribiendo a sus amigos del continente, confirmó que él –y sólo él– sería... ¡el primer sacerdote ordenado en las Indias, y por el influyente obispo de Puerto Rico, don Alonso Manso!nso!

¡Como si Cristo lo designara su apóstol y vicario para aquí fundar su iglesia indiana!

Y la buena nueva cundió rápidamente por todos lados –se sobrentiende que difundida por él mismo–, entre navegantes, exploradores y viajeros..

Pero si tras unas bambalinas de palapa Bernárdez lo hubiera atisbado, su comentario habría sido que, aquí como allá, los cuches no cambian y son los mismos:

Todos venían de oficios holgados... Nunca quisieron tomar oficios de arar ni cavar, ni andar por los campos criando ganados, ni lo enseñaron a sus hijos, salvo oficios de poblados, y de estar sentados ganando de comer con poco trabajo... Tenían presunción de soberbia, que en el mundo no había mejor gente, ni más discreta, ni más aguda, ni más honrada que ellos por ser del linaje de las tribus en medio de Israel.

Y por cierto que, en una ocasión, el dulce y manso fray Toribio de Benavente, o Motolinía, fuera de sus casillas y jinete en la cólera montado, toma la pluma para denunciar al emperador los abusos del dominico Las Casas, “por no pagar a los muchos indios de carga que lleva en sus viajes”.

Y en otra oportunidad que por aquí anduvo, impávido, sin pestañar, recibió estentórea reprimenda del obispo Juan de Zumárraga y la devolución de unos dineros, destinados a una misión, que se había embolsado y nunca repuso.

Y conociéndolo, es seguro que, desde ultratumba, le importe por igual un rábano que, durante la segunda mitad del siglo xx, investigadores de diversa nacionalidad, al seguirle los pasos de trotamundos y arriero más que Colón por las veredas de la mar oceánica, hoy se ponga en vilo su probidad de humanista y de salvador desinteresado de la indiada, pues se ha confirmado que, cuanto hizo y tornó, perseguía sólo llegar y lucirse ante el emperador, al que por cierto trataba de igual a igual y se le impuso; y culimpinó a todos los que seguían en poder y mando: nobles, cortesanos, consejeros áulicos, altos dignatarios eclesiásticos, inquisidores, estadistas, sabios y artistas; y de manera tan estupefaciente los deslumbró y cautivó, que por ninguno cruzó la sospecha de que aquel tío, tan erudito y pío, marrano fuera, un ascensionista más en pos de reconocimiento, perra fama, respeto, sinecuras, pago de sala-

rios caídos, prebendas, purpurado; en una palabra, poltrona propia en la cúspide imperial, exentando en los exámenes obligatorios de pureza sanguínea y de ranciedad cristiana.

Con todo, nadie abogó más e hizo tanto por los indios que nuestro querido padre Las Casas, aunque vengativo y burlador fuera de los fijos de la grana desteñidos e hijos putativos de María Santísima.

Aunque lo único lamentable es que, en ningún momento de su meteórica y prolífica carrera, pasó por su mente la idea del mestizaje, ni cómo sería el mexicano definitivo, parte europeo, parte autóctono; y menos aún, champurrado con su sangre: “unas gotas acaso del árabe y del judío”, dice Vasconcelos, pero tal vez una prueba de “ADN arquetípico” mostraría un cuarto de litro, o más, circulando por sus venas.

Su indigenismo, en sí mismo estupendo, deslumbrante, magnífico arranque de la etnología y la antropología como ciencias descriptivas, si válido para su tiempo, declaró y nos impuso la guerra permanente con los abuelos españoles, convirtiéndola en intestina para criollos, indios y mestizos bajo el virreinato y sin razón continuada durante los 200 años de vida independiente.

Empero, conviene saber la diferencia que nos aparta de otros pueblos colonizados: nosotros no podemos repudiar a los invasores, porque los llevamos consigo, son carne de nuestra carne, huesos de nuestros huesos y psique de nuestra psique.

Muchas neurosis y psicosis se originan por esta escisión artificial de lo europeo en nosotros y por el desconocimiento básico de que la psique del mexicano y del latinoamericano en general, si bien está estructurada por elementos precolombinos, su conciencia es de corte occidental, mediterráneo, español, además de constatar el hecho –por demás significativo– de que si pensamos y hablamos, también nos soñamos en castellano, lo que permitiría suponer que el inconsciente original de la etnia se ha españolado.

Emplear pues la conciencia y el razonamiento para combatir su misma procedencia, provoca sin duda síntomas patológicos y devastadores, de esquizofrénicos, que despersonalizan al ciudadano y dejan al garete la identidad del pueblo, dispuesto a asumirse siempre como quisiera y no como lo que es (“bovarismo nacional”, llama Antonio Caso a esta proclividad del mexicano, que Leopoldo Zea retoma y la generaliza entre el común de hispanoamericanos, igualmente faltos de mismidad).

Su monumental Apologética historia sumaría, redactada entre 1555-1559 –periodo quizás el más verosímil, según la con-

cienzada indagación de Edmundo OO’Gorman-, y no la Breve relación de la destrucción de las Indias, es el alegato más formidable por el nuevo hombre de América.

Pero, ¿por qué será que los lascasianos en pro y en contra, al parejo desacreditan, repelen y menosprecian esta obra colosal, sobrehumana, suma del saber de su tiempo y eternamente actual?

Incluso, su discípulo más incondicional, vitalicio y monográfico, el investigador estadounidense Lewis Hanke –quien, a la chita callando, exculpa las fechorías del antihéroe-, de repente despotrica pestilencias contra ella; y el mismo Américo Castro, tan ecuánime y sobrio, cae en las redes alevés del resentimiento intercastizo, cinco siglos después, cual cristiano viejo, y la destaza.a.

Oigamos respectivamente a uno y a otro, sospechosos de que si no la leyeran, menos la entenderían:

...no era un tratado científico, sino un trabajo destinado a probar que los indios eran seres racionales... mosaico de hechos y fantasías... soporífica retahíla de pruebas, etcétera.

Y:

El clérigo maneja volúmenes de humanidad, sus términos de comparación son Roma, Grecia, Tebas, el imperio de Alejandro, la totalidad de las Indias; lo atraen las cimas y las profundidades.

A qué dudar, de un grillo literalmente, salvaron con un saltito el dilatado paisaje montañoso de cimera joyería: engaste erudito de argumentación rica; o sea, que holgaron en la holgada serie de argumentos y demostraciones sin fin: discurso y recurso para validar el epítome sustancial, acerca de la situación inteligente y racional y de la gobernabilidad de los aborígenes: su humanidad.

Deshonestidad en ellos imperdonable y de innúmeros scholars: porque, si sueltos se dejan los cientos y miles de cabos, deshilvanada del drama la trama; sin planteamiento y nudo, cual hoja al viento, el desenlace parecería una de esas morcillas de actor que, por no memorizar bien Fuenteovejuna, por ejemplo, improvisa de la nada un inflamado parlamento pasional, henchido de locuciones, si bien huracanadas, no requerirían de confirmación, sino que las suelta rimadas y sólo para salir del paso: al fin que de puro aire, ¿quién podría imaginarse que, al finalizar, en la Apologética... comienza la primera declaración, sólidamente fundada, de les droits de l’homme?

¿Qué se vale Castro y Hanke?

Frente a un Juan Ginés de Sepúlveda, a la par de enciclopédico, sagaz y polémico, otra a fray Bartolomé no le quedaba sino

repetir el Verbo de la Creación, nombrando a cada ser y a cada cosa, antes de que su feroz oponente pronunciara exactamente lo contrario sobre la naturaleza de los indígenas, volteando de cabeza a Aristóteles y a una multitud de autoridades; y convenciera, del emperador para abajo, y aceptado por todos: bien está que a esclavitud sean reducidos y aun se les exterminen por “su animalidad, irracionalidad, imbecilidad y salvajismo”: de aquí, el rótulo de su opus magna, tan largo como ambicioso en su propósito: Apologética historia sumaria cuanto a las cualidades, disposición, descripción, suelo y cielo destas tierras, y condiciones naturales, policía, repúblicas, manera de vivir e costumbres de las gentes destas Indias Occidentales y Meridionales cuyo imperio soberano pertenece a los reyes de Castilla.

Cimentar, pues, con ciencia y razón en un siglo en que todavía no hay ciencia y la razón está esclavizada por la teología y la metafísica; y adelantándose a Giambattista Vico y a Johann Gottfried Herder, el fraile comienza por deducir de la calidad de la tierra la calidad de lo humano; por esto, la prolijidad en su narración del medio físico y natural, flora, fauna, etcétera.

Pero una vez adentrado en el tratamiento de las formas de la vida social, política y cultural desarrolladas desde su pasado remoto, advierte que: “el indio está en error y no en pecado”: premisa antropológico-religiosa de su pensamiento y piedra angular de su humanismo ecuménico; por consiguiente, sacándolo del error y no condenarlo como irreversible pagano, incapaz de abandonar sus “cultos infernales, inspirados por Satán mismo”, con sólo adoctrinarlo; y no por cierto con brutalidad, reprimenda y espuela, sino apelando a su entendimiento y sensibilidad; con trato delicado y melifluos razonamientos, cual Cristo mismo lo evangelizaría: de esta sola y única manera, su ánima será atraída y se convertirá por siempre a la nueva religión.

Y es al revés totalmente y fuera de sus alcances lo que cuestionan sus críticos, haciendo de la necesidad virtud; porque comparar, evaluar y hallar correlaciones entre culturas tan remotas en el tiempo y en el espacio; y proceder a su diferenciación y luego a su homologación, requiere del investigador dos facultades extraordinarias: destreza y sensibilidad para percibir lo afín con su afín en una masa tan caótica y heterogénea, como representan los sucesos históricos y las culturas; don que, si no va acompañado de una memoria portentosa y de un saber absolutamente de todo, en sí sería insuficiente para establecer lo común y universal y lo propio y particular de las culturas indígenas respecto a la civilización de otros pueblos.

Es por inducción su sistema de entreverar en la Apologética, a la manera de Balzac y de Proust: moroso el uso del huso y del telar; y sin parchar de esto y de aquello lo desconocido con lo ya conocido; tampoco al estilo de una enciclopedia, encubriendo cada ente con generalidades, por orden alfabético; no, lo que compuso constituye la primera Weltanschauung de un mundo imprevisto.

Para salvar a las Indias –y a Dios mismo de la duda de su infinita perfección–, urgían nuevas formas para aprehender y clasificar otra realidad; y nueva sintaxis para, con manto inconsútil, presentarlo arropado; por eso, aleja, desespera y aturde a los lectores lacios o laxos a su procedimiento de e cuantitativa acumulación, cual en la labor del alquimista; o según la dialéctica del punto nodal, de G.F.W. Hegel, cuando gota a gota, la última desborda la represa y su contenido se precipita torrencialmente...

Entonces, por la visión de las partes, sobreviene la repentina contemplación del todo, de lo insospechado y alucinante, la unidad de la diversidad.

Es éste el método del discurso en parábola: “Si los molinos de Dios muelen con lentitud, empero, muelen finamente”.

Pues la molienda de grano en grano, no por almudes, es lo que sublimó, quintaesenció y cualificó a unos recién llegados a la historia de Occidente: único visado para viajar en lo universal humano, extendido por Hegel: “Ser es ser reconocido”. ■

BIBLIOGRAFÍA

- José Amador de los Ríos, Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal Editorial Bajel, Buenos Aires, 1943.
 Amorós et al., Estudios sobre la obra de Américo Castro, Taurus, Madrid, 1971.
 Américo Castro, El pensamiento de Cervantes, Editorial Hernando, Madrid, 1925.
 —, De la edad conflictiva, Taurus, Madrid, 1961.
 —, Aspectos del vivir hispánico, Alianza Editorial, Madrid, 1970.
 —, Sobre el nombre y el quién de los españoles, Taurus, Madrid, 1973.
 —, Cervantes y los casticismos españoles, Alianza/Alfaguara, Madrid, 1974.
 —, La realidad histórica de España, Porrúa, México, 1975.
 Bartolomé de Las Casas, Apologética historia sumaria UNAM, México, 1967.
 —, Del único modo de atraer a todos los pueblos a la verdadera religión, Col. Popular, FCE, México, 1975.
 —, Historia de las Indias, FCE, México, 1981.
 —, Brevisima relación de la destrucción de las Indias, Orbis, Barcelona, 1986.
 Miguel de Cervantes Saavedra, El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha, ELDEBA, Buenos Aires, 1969.
 Diego Durán, Historia de las Indias de Nueva España e islas de la Tierra Firme, Porrúa, México, 1967.
 Bernardino de Sahagún, Historia general de las cosas de Nueva España, Sepan Cuantos, Porrúa, México, 1975.

* Resumen del libro Lo judío marrano del mexicano. Arquetipos e identidad, próximo a publicarse.

Autor de temas sobre lo mexicano desde la perspectiva psicológica de C.G. Jung.

acevespulido@yahoo.com.mx